

***Evangelii gaudium*, la primera exhortación apostólica del papa Francisco**

Una primera aproximación desde la catequesis y para la catequesis

Enric Termes Ferré

Delegado de Catequesis de la Archidiócesis de Barcelona

El pasado 26 de noviembre se hizo pública la primera exhortación apostólica del papa Francisco, que lleva por título *Evangelii gaudium* —la alegría del Evangelio—, y tiene como tema de fondo del anuncio del Evangelio en el mundo actual, en continuidad con la temática tratada por la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, celebrada en octubre de 2012 sobre el tema «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana».

El primer número del texto (de donde salen las palabras latinas con que se conoce el documento) nos da una primera visión y la clave de lectura del documento:

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años» (n. 1).

Estas páginas no tienen la pretensión de ser ni una presentación ni un estudio del documento. Simplemente quieren poner de relieve los rasgos más importantes que trata la exhortación y se refieren a la catequesis y los catequistas, y, a su vez, ser un estímulo para que cualquier catequista se anime a leerla —si aún no lo ha hecho— y a reflexionar sobre ella. El tono general es cercano, comprensible e interpelador; invita a vivir y a transmitir la alegría del Evangelio, y por eso hemos preferido dar la palabra directamente al texto del papa Francisco.



La renovación de la catequesis y de los catequistas

Un primer aspecto a señalar es el papel que en el documento se da a los catequistas y la conciencia de la necesidad de buscar nuevos catequistas capaces de llevar adelante el dinamismo evangelizador que nuestro contexto reclama:

«Cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre. Hoy se ha vuelto muy difícil, por ejemplo, conseguir catequistas capacitados para las parroquias y que perseveren en la tarea durante varios años» (n. 81).

Un segundo aspecto que llama la atención es la preocupación por el lenguaje que utilizamos. Lo señala en principio en relación con la predicación, pero lo hace extensible a la catequesis:

«Ya decía Pablo VI que los fieles “esperan mucho de esta predicación y sacan fruto de ella con tal que sea sencilla, clara, directa, acomodada”¹. La sencillez tiene que ver con el lenguaje utilizado. Debe ser el lenguaje que comprenden los destinatarios para no correr el riesgo de hablar al vacío. Frecuentemente sucede que los predicadores usan palabras que aprendieron en sus estudios y en determinados ambientes, pero que no son parte del lenguaje común de las personas que los escuchan. Hay palabras propias de la teología o de la catequesis, cuyo sentido no es comprensible para la mayoría de los cristianos. El mayor riesgo para un predicador es acostumbrarse a su propio lenguaje y pensar que todos los demás lo usan y lo comprenden espontáneamente. Si uno quiere adaptarse al lenguaje de los demás para poder llegar a ellos con la Palabra, tiene que escuchar mucho, necesita compartir la vida de la gente y prestarle una gustosa atención» (n. 158).

Un tercer aspecto en referencia a la catequesis es su necesario y fundamental arraigo en la Palabra de Dios, constatación que pide lógicamente que el catequista esté firmemente y vitalmente familiarizado con ella:

«El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura

1 PABLO VI, exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 43.

orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientes ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente “Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado”². Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada» (n. 175).

Un último aspecto a señalar está en relación con el papel de los laicos y laicas. Su identidad y misión en la Iglesia —no podemos olvidar que la gran mayoría de los catequistas de nuestras comunidades son laicos y laicas—, una identidad y misión en la que todavía hay que seguir profundizando, no les debe hacer olvidar su responsabilidad en el mundo social, político y económico:

«Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante» (n. 102).

Una catequesis kerigmática y mistagógica, y que acompaña los procesos

El capítulo tercero de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* lleva por título «El anuncio del Evangelio», y en su interior el apartado cuarto afronta «Una evangelización para la profundización del kerigma», posiblemente es la parte que como catequistas deberíamos leer con más detenimiento, ya que la catequesis es una parte fundamental del complejo proceso de la evangelización. Aquí se habla de dos características de la

2 BENEDICTO XVI, *Discurso durante la primera Congregación general del Sínodo de los Obispos* (8 octubre 2012): AAS 104 (2012), 896.



catequesis, kerigmática y mistagógica, y de la importancia del acompañamiento de los procesos de crecimiento:

«Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o kerigma, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El kerigma es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos» (n. 164).

«La centralidad del kerigma demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena» (n. 165).

«Otra característica de la catequesis, que se ha desarrollado en las últimas décadas, es la de una iniciación mistagógica, que significa básicamente dos cosas: la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana. Muchos manuales y planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa. El encuentro catequístico es un anuncio de la Palabra y está centrado en ella, pero siempre necesita una adecuada ambientación y una atractiva motivación, el uso de símbolos elocuentes, su inserción en un amplio proceso de crecimiento y la integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta» (n. 166).

«Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la

prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Solo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida» (n. 171).

Una última llamada: no al pesimismo estéril

Finalmente, quiero destacar una última observación, válida para todos los agentes de pastoral y, lógicamente, también para los catequistas. En el apartado en el que Francisco trata sobre las «Tentaciones de los agentes de pastoral» señala en segundo lugar «no al pesimismo estéril». Creo que es una buena llamada a todos nosotros que tenemos una u otra responsabilidad en el campo catequético: acompañando a adultos, jóvenes, adolescentes o niños, aprendiendo de los chicos y chicas de la catequesis especial, descubriendo la llamada y el camino de la fe de los catecúmenos, o teniendo tareas de coordinación. A menudo nos empleamos a fondo en cuestiones que aparentemente no tienen resultados... y sutilmente se nos puede ir colando una ligera tristeza que desemboca en el pesimismo.

El enfoque que hace el papa es genérico, pero todos nosotros nos podemos ver reflejados e interpelados. Por eso, para cerrar estas páginas, no puedo evitar citar un buen trozo de estos números de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*:

«La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. *Jn* 16, 22). Los males de nuestro mundo —y los de la Iglesia— no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (*Rom* 5, 20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. A cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad.



En ese sentido, podemos volver a escuchar las palabras del beato Juan XXIII en aquella admirable jornada del 11 de octubre de 1962: “Llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina. [...] Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia”³.

Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: “Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2 Cor 12, 9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

Es cierto que en algunos lugares se produjo una “desertificación” espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí “el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena”⁴. En otros países, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman. Esta es otra forma muy dolorosa de desierto. También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero «precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En

3 JUAN XXIII, *Discurso* en la solemne apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II (11 octubre 1962), 4, 2-4: AAS 54 (1962), 789.

4 J. H. NEWMAN, «Letter of 26 January 1833», en *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, III, Oxford 1979, 204.

el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza»⁵. En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!» (nn. 84-86).

5 BENEDICTO XVI, *Homilía* durante la santa misa de apertura del Año de la fe (11 octubre 2012): AAS 104 (2012), 881.

